gabinete que daba al cuarto donde Clara fué confinada, y que Tyrrel no cerró porque no tenia comunicacion alguna con el esterior, se abriò lentamente para dejar pasar a Susana.

La bella jóven atravesó con paso apresurado el gabinete, y levantando el picaporte de la puerta por donde habian salido Tyrrel y Moore, meneó la cabeza sonriéndose.

En seguida desapareció y no tardó en volver con Clara Mac-Farlane, sosteniendo sus trémulos pasos con tierna solicitud.

III.

LA CADENA.

Clara Mac-Farlane estaba muy desfigurada, conociéndose en su pálido y enflaquecido rostro, los efectos del largo y cruel martirio que le habian hecho sufrir: su cuerpo, en otro tiempo tan airoso y de juveniles proporciones, marchaba con trabajo y lentitud.

Aun de este modo era bella; pero su belleza causaba lástima y oprimia el corazon. Si su padre Angus la hubiese visto en este momento, se hubiera enternecido acordándose de la pobre Amy Mac-Farlane, la cual era tambien blanca, débil y bastante bella, aun cuando su macilento pié tocaba el borde del sepulcro.

Pero Amy se alegraba al verse cercana a la muerte, y esta santa y buena muger solo sentia el porvenir de sus hijas.

Clara tenia la vista algo desconcertada, y el horrible choque que habia tenido su sistema nervioso, producia en sus facciones continuos y dolorosos estremecimien-

tos; su boca pronunciaba algunas veces, palabras inesplicables.

El aniquilamiento físico y moral de esta criatura tan bella en otro tiempo, era mucho mas notable cuando se le comparaba a la espléndida juventud de Susana, que robusta, graciosa y enérgica, manifestaba generosa inteligencia, nobleza de alma y todos los encantos y seducciones que pueden coronar, como aureola divina, la virginal cabeza de la obra perfecta del Criador; de forma que la tristeza que causaba el aspecto de Clara se convertia en un delicioso é irresistible atractivo a la vista de Susana, porque parecia un genio benéfico que velaba sobre la debilidad y el sufrimiento; porque su tierna y consoladora sonrisa parecia servir de bálsamo a la oculta herida de la enfermedad, y porque cada vez que hablaba Susana dulcemente y como habla una madre jóven que està cuidando al lado de la cuna de su hijo, revivia la pobre Clara.

Entraron en el gabinete del doctor Moore. Susana tenia abrazada a Clara por la cintura para sostenerla y animarla. La hermosa jóven daba a cada paso un beso en la frente de Mac-Farlane, y arreglando su lenguage, semejante al que se tiene con los niños que estàn enfermos, trataba de animar la amortiguada imaginacion de Clara.

—Ved como andais sola, mi querida hermanita, le dijo al pasar por la puerta del gabinete, no tengo casi necesidad de sostener.... ¿Sabeis, Clara, que aquí somos dueños las dos?.... nos han encerrado; mas espero encontrar un camino que no han pensado en obstruirnos.... Sentaos y tomad aliento, hermosa Clara.

—Miss Mac-Farlane se dejò caer en el sillon de Tyrrel suspirando y cansada.

Sus ojos desfallecidos y salientes a causa de la flaqueza de sus megillas, se volvieron hácia Susana, mostrando

una fugitiva espresion de reconocimiento, y en seguida volvieron a quedar parados.

—Yo estaba junto a él, dijo a media voz, y me creia dichosa porque me amaba.... cuando vino Ana.... él se puso a sus piés.... ¡se me partió el corazon!

Su boca se afectó y sus ojos temblaron como sucede en el momento que van a saltar las lágrimas.

—Pero ¡todavía amo a Ana! continuó, y no le diré que me ha matado....

La bella jòven se sentó junto a su hermana y estrechándola contra su corazon, la dijo:

—Y haceis muy bien en amarla, mi querida hermanita, pues es buena como vos.... ¡pobre criatura!.... ¿No veis que todos esos recuerdos, que os hacen tanto mal, no son mas que sueños?.... ¡Crueles! han atormentado vuestra alma mucho mas que vuestro cuerpo.... Escuchadme, Clara, mi bella Clara, vais a veros libre.... no penseis mas en las tristes visiones que han atormentado vuestra soledad.... nada de eso es verdad, hermana mia!....

—¡Le he visto! dijo a media voz miss Mac-Farlane estremeciéndose, y añadió con sorda voz:

—Sé una larga historia.... nuestra ama de cria nos la contaba en Escocia.... La jóven se llamaba Blanca' y el hijo del laird, Bertrand....Bertrand de Jedburg.... Blanca amaba al hijo del laird....

Clara se detuvo bajando los ojos.

—¿Y despues? dijo Susana riéndose.

—¿Despues? repitió Clara levantando los ojos y fijàndolos en el espacio. ¡Oh! todo el mundo sabe lo que pasó....Blanca amaba al hijo del laird....Blanca le amaba tanto que le mató.

Clara dejó caer la cabeza sobre su pecho, y su mano

que estaba entre las de Susana, se quedó helada y humedecida.

La bella jóven redobló sus caricias y consuelos; tenia una persuasion tan penetrante que llegó a producir efecto en el cerrado corazon de la pobre Clara; el encanto produjo su efecto. Miss Farlane vuelta a la vida echó sus brazos al cuello de Susana y le dió las gracias llorando.

Susana se aprovechó de este momento favorable y la dijo:

—Ya habeis descansado, hermana mia. ¿No quereis venir a abrazar a Ana?

—¡Ana! repitió Clara: ¡quién sabe lo que habrá sucedido, Dios mio!....—¡Oh! venid, venid pronto y procurarémos hallarla.

Miss Mac-Farlane se levantó sola, y Susana apresurándose a sostenerla, la hizo dejar la direccion de la puerta principal hácia la cual Clara habia dado algunos vacilantes pasos; en seguida la dijo:

—Estamos encerradas por este lado, venid, yo sé otro camino.... pues tal vez no volverémos a hallar semejante ocasion si la perdemos.

Habian atravesado el cuarto, y Susana sosteniendo con una mano a Clara Mac-Farlane, puso el dedo sobre un boton de metal, que parecia destinado para sostener las cortinas. La colgadura se movió y una puerta oculta que comunicaba con la casa abandonada del número 9 de Wimpole-Street, se abrió de par en par.

—¡Victoria! esclamó la jóven, y levantando enteramente a Clara, la llevó sin detenerse hasta la puerta del número 9.

Media hora despues se paró un coche en Cornhill, delante de la casa de mistress Mac-Nab. Susana saltó a la acera y mirando la fachada, dijo deshecha en lágrimas:

—¡Oh! ¡bastantes veces la he buscado! ahora no olvidaré el camino.

Llamó, y Ana vino a abrir.

La bella jóven la besó en la frente ántes que Ana la reconociese, y mostrándole el coche la dijo:

—Ana, vuestra hermana está dentro.

—¡Mi hermana! esclamó la jóven saliendo afuera.

Susana, que la vió subir en el estribo de un coche y apoyar la cabeza en el seno de Clara, se quedó un momento inmóbil y enternecida; despues, atravesando rápidamente Cornhill, subió a un birloche, que partió a galope para el palacio de lady Ofelia, condesa de Derby.

Ana se volvió para dar las gracias a la incógnita que conducia a su hermana; pero no vió a nadie delante de la puerta, y solamente oyó una dulce voz confundida con el ruido de la calle, que la decia:

—Volveré.

Ana miró hàcia el lado por donde venia el sonido, y vió una bella cabeza que salia por la ventanilla de un birloche que iba a galope. Luego el gentío se interpuoo, los grandes ómnibus pasaron y Ana no vió mas.

La misma noche, las dos pequeñas camas blancas é iguales que se hallaban a la estremidad de la alcoba comun en el cuartito ocupado por las dos hermanas, se hundieron con el acostumbrado peso. Mistress Mac-Mab iba de la una a la otra, y abrazando alternativamente a Clara y a Ana, daba gracias a Dios bañada en làgrimas.

—Betty, decia, ¡oh! Betty, ¿donde está mi Estevan?.... Busca a mi Estevan al instante para que vea a las dos...

—No hay que negar que es una fortuna, respondió

Betty, pues una de las dos podia seguramente haber quedado en el camino....¡Qué acontecimiento!....¡Cuando pienso en ello!.... ¡Ah! ¡Lord!.... todo el barrio ha hablado de esto de ocho dias a esta parte.... En cuanto a Mister Estevan, añadiò con aire disgustado, ¡Dios sabe, señora, lo que hará a estas horas!....Esta noche, no ha vuelto a casa, y el hombre con quien lo ví salir ayer ¡no quisiera pensar mal! tenia la facha de todo lo que se quiera, escepto la de un honrado gentleman....¡Pero, còmo me tomo la libertad de juzgar las acciones de mister Estevan! La anciana no escuchaba, ó no queria escuchar, entregándose enteramente a su gozo. ¿No estaban allí las dos por quienes tanto habia llorado?

Allí estaban; pero el atentado de Bob Lantern no habia quedado sin resultados. Ya sabemos el desdichado estado de Clara, ¿cuántos dias de dicha y de reposo, iban a necesitarse para borrar las funestas consecuencias de su martirio?

Ana tambien estaba demudada, pero afortunadamente el cambio que habia sufrido no era tan doloroso; en la parte física, un poco de cansancio; en la moral....

Esto era un secreto para todos y aun para ella misma; Ana no convenia en ello, ¿lo sabia acaso?

Ardua pregunta. Lo cierto es que esta noche no se le presentó a su agitado sueño la imágen de Estevan. O si Estevan se le apareciò, el jóven mèdico habia tomado, por una estraordinaria transformacion que nnestros lectores no sabrán esplicar, las facciones de un héroe de novela; grandes y negros ojos que desfallecian y hablaban de amor, un mirar sumiso y una dulce sonrisa.... un cuerpo.... el cuerpo flecsible, gracioso y decidido del bello caballero Angelo Bembo. Cuando Tyrrel y el doctor

Moore salieron de Wimpole-Street, se fueron apresuradamente a White-Chapel-Road para asistir al consejo de los caballeros nocturnos.

La sesion fué, como puede pensarse, animada y muy interesante. La noble asamblea estaba fuera de sí, no contaba mas que por millones de libras esterlinas, y si alguno hubiese tracido de una docena de millares de guineas ó de otra bagatela semejante, no sabemos a qué estremo se hubiese arrrojado contra tan importuno oradòr, el junco con puño de esmeralda del lord Rupert-Bel.... vizconde C é....el latiguillo del honorable John Peaton, y aun el mismo puño reverendo de Peter Boddlesie, futuro dean de Westminster.

Naturalmente el personage importante de la sesion, era William Marlew, subcajero central del banco de Inglaterra.

Este gentleman, cuyo mérito aritmético y oratorio nos es bien conocido, calculó por los dedos, que serian preciso mil doscientos hombres y tres noches para dejar vacios los sôtanos de Royal-Eschange: tal vez se engañaba; pero no parecia probable, pues era miembro corresponsal de la Academia de ciencias de Chandernagor y vice-presidente del Logarithm's club.

De todos modos, su cálculo se aprobó como sincero y verdadero, no necesitándose saber mas que el modo de introducir mil doscientos hombres en el Banco.

—No es preciso decir que la *Familia* estaba perfectamente representada en el cuerpo de los guardas del subterráneo, famoso por su feroz probidad. No era eso lo que ofrecia mayor dificultad, sino ¡mil doscientos hombres!...

Mil doscientos hombres y tres noches.

S. Boyne, el banquero Fanntlevy, Sir George Montalt y otros muchos, trataron de aclarar la cuestion; pero sufrieron una completa derrota, a pesar del leal y parlamentario apoyo del lord Rupert, que dijo muy a tiempo en estas circunstancias su favorita palabra:

—¡Escuchad, escuchad!

—Y sin embargo, dijo el reverendo Peter Boddlesie, viendo que todos dudaban, es honor nuestro el no dejar seis peniques en los sótanos.

—Ciertamente, dijo apoyándolo Marlew.

Todos se volvieron hácia el gefe M. Edward, como si su cabeza inefable, debiese tener en reserva una solucion para todas las dificultades.

El marques de Rio Santo estaba en su puesto, en el trono de la presidencia; pero no tomaba parte en la discusion, y hablaba con calor con Sir Paulus Bembo, Smith, Falkstone, con el doctor Muller, que ya conocemos, con el escoces Randal Grahame. Estos cinco lores formaban la camarilla del marques, y encontramos entre ellos, escepto el negro y calvo Absalon, que mandaba entonces una barca de observacion en los mares de la China, y el alegre *Rey Lear* que murió en la flor de su edad lleno de virtudes, algunos años antes, todos nuestros conjurados del bosque d'Eagle-River.

—Señores, dijo Rio Santo, sea porque quiso responder a la muda interpelacion de sus iguales, ó sea porque juzgó haber llegado el momento de cerrar la sesion, debo preveniros que en conformidad de los poderes que me habeis conferido, hoy he organizado la vanguardia de la *Familia*. Seria muy largo el esplicaros los diversos papeles que nuestras gentes deberán hacer en los diferentes puntos de Londres, para lo cual he tomado el parecer de

dos honorables miembros de la policía que forman parte de esta reunion.

S. Boyne y el comisario de la Cité, se inclinaron en señal de aprobacion, y el marques continuó:

—Es preciso en caso de desgracia, distraer la atencion del gobierno; me limitaré a deciros que todo está dispuesto para que a la primera señal estalle en Londres una revolucion formidable.

—Pero, perdone vuestra señoría, ¿y los veinticinco millones de esterlinas? dijo el reverendo Peter Boddlesie, que no perdia fácilmente de vista lo mas sólido.

Esta interrupcion no desagradó a nadie.

—¡Eocuchad, escuchad! dijo lord Rupert.

—Caballero, los veinticinco millones de libras esterlinas serán nuestros, respondió Rio Santo, y a pesar de que estoy de prisa, consiento en haceros saber lo que tengo determinado sobre el particular. Habrá *rush* de nuestros hombres al estremo de Prince's-Street y en Lokbury, en Cornhill, en Cheapside y en King Wiliam-Street, por todas partes; y en fin, al rededor de nuestro tunel. Quedarà un paso abierto en Threadneedle-Street, al fin del cual se hallarán nuestros furgones con caballos de posta. El gas se apagará delante del almacen de Sodawater y en las cuatro esquinas. Sir Wiliam Marlew estará dentro del banco con los guardas de nuestra asociacion.... y debo prevenir a Sir William que todo depende de su serenidad y prontitud. Tendrá bajo sus órdenes el número de hombres que juzgue oportuno; pero le suplico que no pase de veinte ó treinta, porque la confusion es en esto el obstáculo mas terrible.

—¡Veinta ó treinta! esclamó Marlew: ¿Pensais, milord, que veinticinco millones de esterlinas, que hacen seiscien-

tos veinticinco millones de plata francesa, y que evaluados en dollars de la union?....

—Pienso, caballero, interrumpió el marques, que nuestro tunel no es tan ancho como Regent-Stret....que la circulacion, si debiesen emplearse los medios ordinarios, seria lenta; que el menor obstáculo la dificultaria y que cualquier retardo es fatal en una empresa como la nuestra; todo lo he previsto. Vos, sir William, no tendreis mas que ocuparos del interior del banco y de trasportar los objetos al boquete interior de nuestra galería.

Rio Santo cesó de dirijirse al subcajero central y volviéndose hácia la asamblea, prosiguió:

—Señores, ved lo que tengo decidido. Para evitar las idas y venidas en un lugar estrecho, seria preciso obrar y marchar con un òrden que no podemos esperar de nuestras gentes; he pensado establecer una doble cadena que comunique de los sótanos del Banco a Prince's-Street, con cuyo medio nuestra presa, pasando rápidamente y sin interrupcion de mano en mano, llegará con mas seguridad a su destino....

—¡Hurra! gritó John Peaton ¡por mi vida que la idea es soberbia!

—¡Perdonad! dijo el reverendo Boddlesie, que no se habia enterado bien.

Propongo inmediatamente un voto de gracias al nobilísimo marques, dijo el par de Inglaterra. Eso si se me permite emplee una imágen poética en presencia de vuestras señoría, será un rio de oro cuyo nacimiento estará en los sótanos del banco....

—Y su desagüe en nuestras faltriqueras, interrumpió el honorable John Peaton: soberbia idea....desearia que hubiese llegado el dia de mañana.

—Pero.... empezó a decir Peter Boddlesie.

John Peaton quiso esplicar al futuro Dean de Weestmidster, la imágen poética del noble lord, y arrimándosele le dió un capirotazo en la nariz, y le dijo:

—Pasadlo a vuestro vecino.

—¡Pero milord!...., esclamó el eclesiàstico tomando la clàsica posicion del *boxador*.

—¡Pasadlo a vuestro vecino! repitió el hombre John, que poseia perfectamente el arte de las gracias inglesas.

Nos parece que el reverendo Boddlesie debió decir, Dios nos condene, ó cosa parecida.

—¡Y bien! señor, dijo John Peaton, nuestras gentes haràn lo que vos quereis hacer, y en lugar de un capirotazo les darán una talega ò saco de quinientos soberanos y ellos lo pasarán a su vecino....

—¡Ah!.... dijo Peter Boddlesie con aire de duda, y luego de repente dió un golpe sobre la mesa, y estendió cordialmente la mano a John Peaton.

—Delante del almacen de Sodawater, continuaba entre tanto Rio Santo, al cabo de Prince's-Street, se hallará la cabeza de nuestros furgones, protegidos por una partida de nuestras gentes. Luego que estén cargados los furgones saldrán a galope hàcia Threaneedle-Street, para llegar a Leaden-Hall y luego a White-Chapel-Road, donde nosotros tambien tenemos nuestros sótanos.

—¿Y quién será el encargado de vigilar el trasporte? preguntó Moore.

—Vos, caballero, y sir Edmundo Mankensie, respondió Rio Santo. Los demas empleos quedan a la voluntad de los gentlemen que se hallan presentes, escepto los señores de la policía, cuyo destino está marcado, y será bueno que todos contribuyan personalmente a sostener los grupos.

—Milord, durante todo este tiempo, ¿dónde estarà V. Señoría? preguntó el doctor.

—Caballero, donde haya peligro y trabajo, replicó el marques; a las once de la noche en punto, es preciso que la maniobra empiece en el tunel; hasta entonces Prince's Street estará desierta, para lo que tengo dadas mis órdenes: la policía tendrá bastante que hacer en los otros barrios para que trate de inquietarnos.

Rio Santo se levantó, y los caballeros nocturnos se separaron, dejando allí solamente a Jededias Smith, con órden de abrir las puertas del *Purgatorio* al declinar la noche, para que la turba reunida allí y privada de la luz, hiciese irrupcion en el esterior, aumentando así el desórden general, en los momentos de crisis.

Rio Santo volvió a subir en su carruage con Bembo y Randal Grahame.

Detras, en otro carruage, Falkstone y Paulus Waterfield, siguieron el mismo camino, de suerte que los dos coches llegaron a un mismo tiempo a Belgrave-Square.

Eran las cuatro de la tarde, y todas las avenidas de Irish-House se hallaban desiertas, pues Estevan y Perceval no debian venir a apostarse en Belgrave-Square sino una hora despues.

Cuando el marques y sus tres compañeros entraron en el salon de Irish-House, habia en él dos hombres sentados cerca de la chimenea.

El uno de ellos, ante el cual se inclinó cariñoso y confiado el bello perro Lovely, era el laird Angus Mac-Farlane.

Angus tenia la cabeza baja y parecia tan profundamente absorto en sus reflecsiones, que no se meneó al oir entrar los que llegaban nuevamente.

El otro desconocido, al contrario, se levantó y saludó

gravemente al marques de Rio Santo. Era un hombre cargado de años, de fisonomía franca y pensadora, ancha frente, donde la meditacion habia marcado profundas arrugas, y un poco calvo.

Tenia cierto aire de tribuno y de apóstol, y no se hubiera podido decir si su enérgico semblante estaba animado con la dulce firmeza de un predicador de paz, ó con el corazon ardiente de un proclamador de guerra.

Rio Santo se adelantó hácia él y le dió la mano, manifestándole cordialidad y respeto.

Seais bien venido, os estaba esperando.